

La calle

para el jueves 5 de noviembre de 2009

Diario de un espectador

Historia de amor y desamor

por miguel ángel granados chapa

“José Vasconcelos y Esperanza Cruz se reencontraron en los primeros días de 1843. Un primer encuentro, fugaz y circunstancial, había tenido lugar en 1922, cuando a la talentosa niña se le comisionó para entregar un ramo de flores al entonces secretario de Educación pública durante su visita al Conservatorio nacional de música.”

Con las líneas anteriores comienza un excepcional relato sobre un pasaje de la vida de esos personajes, no creados por la ficción sino sustanciosamente participantes en la vida real en México. Es un texto excepcional porque se adentra con respeto en la intimidad de una pareja notable y es también excepcional porque el autor del testimonio es el hijo único del matrimonio, infortunado a la postre, del eminente escritor y político y la renombrada pianista. Héctor Vasconcelos Cruz, que ejerció funciones en la administración cultural y en la diplomacia y es además de músico y crítico, un refinado aunque avaro escritor, entregó este relato como preámbulo a la publicación de dos cartas hasta ahora inéditas entre ambos personajes, que figuran en el número de noviembre de la *Revista de la Universidad de México* :

“Una veintena de años después –continúa la narración--, la ocasión que los convocó fue un intento de Agustín de León von Schultzenberg –figura excéntrica de la primera mitad del siglo XX mexicano que bien valdría la pena rescatar desde el punto de vista histórico y literario—por reconciliar a Vasconcelos con Luis Cabrera. Esos personajes habían sido amigos cercanos durante su juventud...pero el carrancismo los había distanciado. Vasconcelos había sido uno de los primeros en usar, si no inventar, el verbo carrancear, para aludir a las corruptelas que él percibía en el constitucionalismo. Y Cabrera, no quedándose atrás, había incluso publicado un pequeño volumen intitulado *Los gazapos de nuestro Ulises*. Los años de prominencia habían transcurrido para ambos, sin embargo, y Schultzenberg, como le decía mi padre o Agustinito, como le decía mi madre, había juzgado oportuno el momento para el reencuentro de los dos amigos de juventud. Así, invitó a media docena de amigos a su mansión –palacio entre los lodazales de la Portales de aquellos días—para un almuerzo. Entre los convidados en aquel comedor que bien recuerdo y cuyo candil había ornamentado alguna vez el techo de uno de los palacios de los zares, se encontraba Esperanza Cruz, la pianista mexicana más eminente del momento (Angélica Morales von Sauer había permanecido en Viena durante la guerra). A la hora del café, alguien pidió a ésta que tocara algo en el fabuloso Steinway que Schultzenberg había comprado ‘para Esperancita’. ¿Qué habría tocado? Probablemente Chopin o Liszt. El impacto fue instantáneo. Los *coups de foudre* son más frecuentes de lo que uno supondría. Desde el día siguiente la pianista comenzó a ser abrumada por cartas, flores y regalos de un Vasconcelos que, convenientemente, había enviudado sólo meses antes.

“Las cartas que aquí se publican por primera vez son parte de una copiosa correspondencia que habría de continuar por los siguientes meses. Están en mi poder algunas de las epístolas de mi padre a mi madre. Ignoro qué ocurrió con las de ella a él. Las difíciles circunstancias de los años subsecuentes hacen muy difícil el rastreo. ¿Las destruiría él? Tal vez se encuentren algunas de ellas entre los papeles paternos que quedaron en poder de mi media hermana María del Carmen, con quien él vivió durante los últimos años de su vida, y que falleció en 2003. Nunca pregunté por ellas; en primer lugar porque otros temas me ocuparon en la vida, por todo lo sucedido y que en seguida esbozo”.

Mañana reproduciremos el resto de este relato —excepcional, hay que insistir— de Héctor Vasconcelos Cruz.